

La Internacional Feminista
Luchas en los territorios y
contra el neoliberalismo

Verónica Gago
Marta Malo
Pastora Filigrana
Luci Cavallero
Helena Silvestre
Amarela Varela Huerta
Alondra Carrillo Vidal
Javiera Manzi Araneda
Kruskaya Hidalgo Cordero
Alejandra Santillana Ortiz
Belén Valencia Castro

traficantes de sueños



Gago, Verónica

La Internacional Feminista : luchas en los territorios y contra el neoliberalismo / Verónica Gago ; Marta Malo ; Lucía Cavallero. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Tinta Limón, 2020. 132 p. ; 17 x 11 cm.

ISBN 978-987-3687-64-8

1. Política. 2. Feminismo. 3. Movimiento Político. I. Malo, Marta II. Cavallero, Lucía III. Título
CDD 305.4201

Imagen de cubierta: Femimutancia

Diseño de cubierta: Diego Maxi Posadas



Del punto cero al futuro: luchas por vivienda y apuntes para una gramática feminista de organización

Helena Silvestre¹

Mirar al mundo que nos rodea y comprenderlo o llenarlo de significado para nosotras mismas es una acción que presupone sujeto; un ojo que ve y compone cierto cuerpo: territorio y lugar de tal mirada.

Este texto tiene como objetivo describir los territorios de favelas como una tierra fértil para el nacimiento de formas organizativas capaces de fortalecer luchas² hacia una sociedad emancipada, donde la vida esté liberta. Su objetivo es recuperar la trayectoria de resistencia que produjo tales territorios, las ocupaciones y los desalojos que los dibujaron (y los dibujan), ubicando allí cuerpos femeninos en lucha contra el desalojo forzado de comunidades o realizando ocupaciones para la vivienda: la recuperación

1 Feminista afroindígena, favelada, militante de las luchas por la vivienda, y participante de tomas de tierra en todo Brasil. Es editora de la Revista Amazonas y fundadora de la Escuela Feminista Abya Yala y de Quilombo Invisível. Es autora del libro “Notas sobre a fome”. Por su militancia, encontró caminos para ser activista, escritora, educadora popular e impulsora de coletivos sobre juventud, género y racismo.

2 Inspiración en las obras de Beatriz do Nascimento acerca del *Quilombo* y sus continuidades.

conflictiva de partes del territorio para reconstituir comunes³ que nutren nuestras resistencias.

Este es un esfuerzo necesario, ya que sería contradictorio reconocer a las mujeres indígenas —en defensa de los bosques— o a las mujeres negras —defendiendo territorios ancestrales inmateriales— sin darse cuenta de cómo las mujeres de las favelas son hijas de ellas, llevando adelante la continuación de la resistencia resignada en regiones cercanas a nosotr*s y nuestros cotidianos.

En este sentido, me baso aquí en mi propia experiencia como mujer nacida y criada en una favela y luego en la experiencia de casi dos décadas como militante en el movimiento por vivienda en ocupaciones de tierra urbana.

Para dar colores concretos: comencé la militancia en el movimiento por la vivienda desde una Ocupación llamada Santo Días, que sucedió en 2003, en la región metropolitana de São Paulo, cuando comencé a integrar el MTST, Movimiento de los Trabajadores sin Techo. La ocupación de Santo Días fue una de las muchas que ayudé a construir en la provincia de São Paulo, así como otras ubicadas en otras provincias. En estas ocupaciones asumí tareas de articulación en la coordinación nacional de este movimiento.⁴ En septiembre de 2010, debido a di-

3 Las ideas de comunes y punto cero en este texto están inspiradas en trabajos de Silvia Federici.

4 Véase Philippe Revelli, «Os sem-teto às portas de São Paulo», *Le Monde Diplomatique*, Brasi, 8 de noviembre de 2007, disponible en: <https://diplomatie.org.br/os-sem-teto-as-portas-de-sao-paulo-2/>

ferencias políticas, que en ese momento tenían que ver con la concepción de la organización, salí del MTST y comencé a construir, en 2011, el movimiento Luta Popular,⁵ de l cual he sido parte hasta hoy y que también realiza ocupaciones urbanas buscando el derecho a la vivienda, así como ocupaciones de tierras rurales para vivienda y agricultura familiar.

Las ocupaciones en las que ayudé siempre fueron únicas; cada periferia —a pesar de los problemas comunes— condensa una trayectoria particular de personas y territorios con características propias. Siempre han sido ocupaciones de grandes propiedades urbanas ociosas, generalmente incrustadas en áreas periféricas de la ciudad, que han reunido a miles de personas que venían de situaciones de alquiler casi insostenibles, ya que consumen más de la mitad de los ingresos de familias que viven con hasta tres salarios mínimos.⁶

Mujeres de las favelas y sin-techo: ¿quiénes somos?

En Brasil, somos hijas del encuentro de mujeres esclavizadas y empobrecidas por la colonización, mu-

5 Véase el documental *Ocupação Esperança reforça segurança após ameaças de desconhecidos*, noviembre de 2013, disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=cX4aGKcDAso&feature=youtu.be>

6 Video «Ocupação Esperança, em Osasco, completa três anos», 23 de agosto de 2016, disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=BTJ-2XNqhRU>

jeros despojadas y puestas en diásporas forzadas que hicieron sus cuerpos hermanos a este territorio en disputa. Negras, indígenas y afroindígenas —expulsadas de sus bosques, secuestradas de su continente y violadas— son el rostro de las comunidades pobres que tejen, protegiendo la vida en medio de los destrozos y donde, sin embargo, reconstruyen tramas comunitarias.

Las favelas y las periferias de las grandes ciudades brasileñas se formaron así. Son arreglos territoriales que provienen de multitud de choques, desalojos y nuevos intentos de reconfigurar la vida en situaciones casi siempre peores.

Estos territorios encierran una yuxtaposición del tiempo en capas, donde cada generación de mujeres mantiene vivo el recuerdo de la masacre a la que sobrevivió: desde la esclavitud de chivata a la esclavitud doméstica (entregadas a familias ricas como empleadas), desde del matrimonio adolescente, huyendo del hambre o de la sed, al trabajo en las fábricas. Desde la cárcel, abandonadas, hasta el dolor de recoger en algún callejón el cuerpo de su hijo, asesinado por las balas ya en régimen democrático. Desde las escuelas disciplinarias de los cuerpos, sexistas y llenas de rejas, hasta las cárceles.

La violencia es la principal herramienta de acumulación y de progreso —evidenciada en tiempos de crisis, pero que cruza siglos—. El feminismo ha hecho un gesto fundamental a cualquier intervención que trata de romper con las estructuras sociales que conocemos. El feminismo *ha dado*

carne y huesos a conceptos que se desarrollan en nuestras vidas comunes, que se extienden a través de todas las dimensiones, incluida la que han denominado doméstica o privada, y que sustenta parte esencial de la reproducción de esta sociedad. Encarnando en cuerpos el funcionamiento de los engranajes que nos mortifican, el feminismo nos revela un mosaico de mujeres latinoamericanas, colonizadas, en su mayoría no blancas y con diferentes trayectorias, vinculadas por la catástrofe común del desalojo: el despojo que genera diáspora y desarraigo.

Nuestros cuerpos y nuestros territorios están abiertos a la extracción⁷ incesante que el capital lleva a cabo para reproducirse, arrastrando todo con su fuerza centrífuga que transforma la vida que encuentra en algo cuantificable, intercambiable, en mercancía, destruyendo y depredando lo que sea.

En nuestras cocinas se ven sus tentáculos, y la comida, lista para comer, aparece como por arte de magia si ocultamos el trabajo invisible de las mujeres, ya lo sabemos. Pero ampliando la mirada, veremos en nuestras favelas y comunidades las sondas que transfieren vida y sangre de los pobres a la *ciudad oficial* que, hermosa mercancía, oculta la ciudad invisible de la que se alimenta. Son estructuras similares a las que han dado *poder civilizador* y *progreso* a algunas naciones, ocultando el trabajo invisible de los pueblos esclavizados y explotados.

⁷ La idea de extractivismo en este texto está inspirada libremente en las obras de Luci Cavallero y Veronica Gago.

El «robo» fundador de la colonización es en realidad permanente.

El robo permanente y las favelas

Las favelas y las periferias se construyeron a través la expulsión de los pueblos de las tierras comunes, que a su vez se transformaron en activos económicos y mercancía. Las poblaciones, expulsadas, nomadearon por olas migratorias, arrastradas como mano de obra a los procesos de industrialización subasalariada, constituyendo ciudad en condiciones precarias, reubicándose en asentamientos clandestinos, colinas y periferias en busca de reconstruir la vida. Las plantas buscan el sol y la vida busca una forma de continuar.

La industrialización encontró, en Brasil, un país territorialmente inmenso y un ejército de trabajadores disponibles que no tenían absolutamente nada, porque fueron liberados de su condición de esclavos pero no de su condición de *humanos de segunda clase*, este sí un rasgo marcado de toda la clase trabajadora brasileña. Durante las décadas de 1960, 1970 y 1980, estos elementos ayudaron a diseñar nuestra urbanización, produciendo también su complemento ineludible, las favelas, la *ciudad informal*.

El derramamiento de sangre neoliberal de la década de 1990 combinó transformaciones en el mundo del trabajo con la crisis de las organizaciones sindicales. En las favelas, las mujeres sufrieron la violencia que acompaña al realineamiento capi-

talista. Lloraron en funerales de cementerios como São Luis,⁸ en la periferia del sur de la ciudad de São Paulo, mientras alimentaban, solas, a comunidades enteras y abrigaban —tanto cuanto podían— la vida de los ataques de las balas, del hambre y de las cárceles.

Las luchas en defensa de los territorios siempre llevaron en sí mismas la defensa de la vida. Es sabiduría popular la conciencia de que *no hay forma de existir sin ocupar un lugar en el espacio* y que este lugar se constituye como nuestro territorio, desde donde reedificamos *comunidad*, donde nos defendemos y nos rehacemos en defensa de los nuestros. *Es necesario defenderse del hambre y del desabrigo y, por lo tanto, comer y vivir son necesidades inevitables a la vida que desea perdurar.*

En los años noventa, a medida que aumentaron las ocupaciones, los conflictos por el suelo urbano se intensificaron, en un intento por detener los desalojos forzosos y las remociones. *Las mujeres estuvieron en todos los conflictos, anónimas e indispensables.*

Bajo la niebla de una lectura patriarcal de qué son las luchas, qué es organizarse, qué es político y qué no, se ocultan los activismos de muchas mujeres. Estos activismos invisibilizados —así como el trabajo reproductivo y de cuidado— desaparecen de

8 El cementerio Jardim São Luiz ha enterrado 227,000 personas desde 1981. En su mayoría jóvenes, negros o afrodescendientes. Se encuentra al lado de otro distrito de barrios, Jardim Ângela, que en 1996 fue declarado por la ONU como la región más violenta del mundo debido a la cantidad de homicidios.

la narrativa que nombra las resistencias. Al mismo tiempo, transfieren energías que alimentan a representantes hombres y estructuras organizativas jerárquicas, incluso entre sectores progresistas. Sería como otro momento de *extractivismo patriarcal*, pero que tiene lugar en espacios supuestamente forjados para contrarrestar la lógica extractiva del capitalismo.

Antes de pensar el feminismo, yo pensaba el territorio porque, *organizada en movimientos de favela u ocupaciones de tierra urbana, me impresionaba ver que muchas elaboraciones acerca del «sujeto revolucionario», acerca de la fábrica como espacio de organización superior al barrio y sus consecuencias, no abarcan todo lo que vivía yo.*

El territorio ha sido tratado como elemento secundario de la lucha de clases porque, para una cierta lectura del capital, este no es el lugar de producción, sino el de reproducción de la vida; y *la vida como perspectiva ha sido preterida por la óptica del trabajo y del desarrollo.* Por lo tanto, todas las actividades y relaciones producidas allí se han descartado como intervención política (potencial o concreta) y sus sujetos, en su mayoría mujeres, han permanecido invisibles. El movimiento feminista está, en este momento, rompiendo esta invisibilidad, porque incluso cuando se le dio importancia a los conflictos de tierras urbanas, este movimiento se llevó a cabo utilizando una cierta *gramática patriarcal* que es incapaz de cosechar las reflexiones que le ofrece la realidad.

Una ocupación de tierra urbana puede suceder de diversas maneras; la experiencia que alimenta este texto es la mía, en ocupaciones que han proliferado

en territorios de las periferias de grandes metrópolis brasileñas, desde el principio de los años 2000. La presión sobre las economías domésticas convirtió el alquiler en el principal costo de millones de *familias pobres que se ven atrapadas, cada mes, entre pagar el alquiler o comprar alimentos*. Muchas de estas están encabezados por mujeres, ya sea insertadas de manera terriblemente precaria en el mercado laboral, o manteniéndose a través de trabajos informales, inestables, estacionales y / o ultra precarios.

Cuando llegamos a un terreno vacío, todo debe hacerse, y al asumir un estado de *conflicto permanente* en el *territorio del litigio*, el Estado se presenta solo como fuerza policial. Este actúa para salvaguardar los derechos de propiedad de los especuladores inmobiliarios. Se deshace el *fetichismo de la racionalidad masculina* de las instituciones, las cuales se demuestran explotadoras, opresivas y crueles.

Todo debe hacerse y nadie más que nosotros los ocupantes lo haremos. Las soluciones a los problemas de agua, saneamiento, energía, infraestructura, seguridad, alimentación, circulación, espacios comunes, entre otros, se toman en nuestras manos *en el ejercicio, no siempre consciente, de ser nuestro propio gobierno*.

Obviamente, las ocupaciones no son islas y sufren todas las contradicciones y problemas estructurales que las rodean. Estas no son «zonas autónomas» —lo que nos convierte en un pequeño ejercicio de autogobierno en medio de la geografía gobernada por lógicas que operan en contra.

Así, las ocupaciones funcionan como espejos de la verdadera cara del sistema capitalista: *la propiedad y el lucro sobre todo, la vida no vale nada ante ellos y el Estado existe para garantizar que esta lógica no cambie*. En guerra contra todo, las ocupaciones no se mantienen sin una unidad práctica que se debe, primeramente, a la necesidad imperiosa de vivir, pero que, al unirse a miles de personas sin hogar un en espacio común, se altera cualitativamente al desplazar el problema habitacional de la esfera privada al espacio comunitario recién constituido.

El corazón en la cocina

La composición de las ocupaciones es innegablemente femenina, no solo en cantidad sino también en el grado de dedicación y actividad. Como las más preocupadas por el destino de su descendencia, las mujeres se dividen entre las tareas domésticas, el cuidado de los hijos, los subempleos y las actividades en las ocupaciones, imaginando —en el presente de sacrificio— un futuro mejor, donde el fantasma del desempleo no esté asociado al de vivir con niños en las calles.

Inmediatamente se produce la división sexual del trabajo y mientras los hombres integran el trabajo de construcción, seguridad, coordinación, articulación «externa» y representación, las mujeres se instalan en los trabajos de limpieza, organización, cuidado de niños y cocina. Lo que pasa es que, así como las ocupaciones evidencian el funcionamiento de las instituciones, ellas también destacan la centralidad

de algunos trabajos como esenciales para el mantenimiento de la existencia, y el trabajo de las cocinas se convierte en el más esencial para tod*s. En las palabras de Aline, una joven ocupante, «[...] antes de la ocupación, yo pensaba en cómo iba alimentar mis hijos; después de la ocupación, pensábamos en cómo alimentar a mil familias».

Sin recursos, las mujeres organizan grupos que salen a los comercios y ferias para obtener donaciones de alimentos para abastecer las cocinas comunitarias. Escalas de trabajo están diseñadas sobre la base de la capacidad de cada una para donar tiempo; las comidas se preparan y sirven a tod*s.

Hechas de plástico o madera, las casuchas son extremadamente precarias, un lugar reservado para descansar y dormir, y todo lo demás sucede en el espacio común de la tierra: no hay cocinas individuales, baños individuales, ni luz eléctrica individual (por el riesgo de incendio) y ni agua del grifo. Todas las tareas ocultas en el hogar están en exhibición, a los ojos de tod*s, y las cocinas —lugar de trabajo permanente, punto de referencia alrededor del cual las personas se alimentan, lugar de comunicación donde se pegan las advertencias y las decisiones de asamblea— constituyen el corazón de las ocupaciones.

Espejos invertidos

El espacio comunal de las ocupaciones supone una cierta indefinición entre lo público y lo privado: la tie-

rra no pertenece al que la ocupa, pero no está ocupada por el propietario; la casa es la tierra misma, la propia ocupación en su conjunto y los límites del núcleo familiar son transitoriamente dispersos en las relaciones comunitarias, como una familia extensa (con muchas contradicciones ahí presentes).

Esta aparente vaguedad parece facilitar que las mujeres se autoorganicen y se sientan más seguras para intervenir en los rumbos del cotidiano, simultáneamente de sus hogares y de su comunidad. Así, las mujeres se insertan gradualmente en casi todos los espacios colectivos, excepto aquellos que reconocen como complejos y regidos por leyes externas que creen no comprender, como la representación pública y las mesas de negociación política o legal.

Ocupan todos los lugares donde la vida se reproduce, pero delegan a los hombres su «dirección» (o bien son usurpadas). *Luego viene un estado latente de doble poder*, porque quienes sostienen las dinámicas vitales no disfrutan de ciertos aspectos del reconocimiento y la distancia que las mujeres mantienen respecto de los espacios de representación-negociación corresponde a la distancia de las «direcciones» en relación al poder de reproducir la existencia.

Son las mujeres, no los «líderes», quienes conocen las dificultades específicas de cada familia, quienes conocen a los hijos de tod*s y la violencia sufrida por muchas, así como las agresiones de los hombres —incluso de los «representantes»—. Aunque los hombres sean los narradores de la batalla colectiva, son las mujeres las que proporcionan la información

clave que les permite articular el discurso.

En el entorno comunitario, las mujeres debaten, se posicionan y aconsejan acerca de la violencia que sufren ellas mismas u otras y, al desnaturalizar la violencia, abren la puerta al cuestionamiento de las jerarquías y la concentración del poder: no soportan ser golpeadas y calladas, o ver golpeadas y calladas a sus compañeras de trabajo.

Una gramática feminista de organización

Sin una «dirección central» en la que se vean a sí mismas y sus necesidades efectivamente representadas, las mujeres *forjan una nueva gramática organizativa donde el trabajo colectivo y la ayuda mutua son criterios más importantes que el reconocimiento institucional*. Esta es la razón por la cual, a menudo, la autoorganización de las mujeres en ocupaciones urbanas y favelas ha sido *descalificada como despolitizada e incluso prohibida por hombres líderes* que las ven como «disturbios» contra ellos. Esta autoorganización está coherentemente alineada con el ejercicio del autogobierno, el cuestionamiento del Estado, del poder judicial y de la especulación, que subyacen en el acto de ocupar: *son los hombres quienes representan —alimentando jerarquías que rechazan a las mujeres— a quienes actúan con inconsistencia*.

En las favelas, las mujeres se encuentran en los centros de salud, en la entrada y salida de guarderías y escuelas, en iglesias, huertos y ferias, en busca de caridad y comida barata. En las ocupaciones, están

en las cocinas, en las marchas, trabajos de limpieza, asambleas y ruedas de conversación alrededor de los fuegos nocturnos. Su comunicación siempre ha sido descalificada como chisme y no se limita a momentos oficialmente extraordinarios: *es una comunicación permanente que no reclama un solo difusor, es comunicación viva a través de varios puntos dinámicos de contacto sin establecer un momento, espacio o a alguien como la única fuente legítima de información.*

A medida en que no se encuentran a sí mismas en las instancias de «poder» y en la narrativa de las comunicaciones oficiales, las mujeres son empujadas a organizarse y actuar, produciendo redes y modelos de organización no convencionales que escapan a las jerarquías y que *funcionan semiclandestinamente, al margen de las superestructuras políticas. Es por eso que, fuera del radar y sin un modelo, podemos tejer respuestas autóctonas a partir de necesidades comunes, arraigadas orgánicamente. Estas respuestas son nuevos comunes generados por nuestras luchas.*

Ese funcionamiento impulsa una gramática política en donde aparecen de manera muy central los temas de salud, infancia, vejez, educación básica, alimentación sana y suficiente, políticas de atención, desalojos y violencia sobre territorios empobrecidos. Este último evidenciado por el hecho de que las mujeres son las principales portavoces en la lucha contra el genocidio y el encarcelamiento: batallones de madres, hermanas e hijas de hombres asesinados o encarcelados con el alcance cada vez más profundo

y creciente del control sobre las poblaciones pobres para que no se rebelen.

Todos estos temas —marginados en la gramática masculina del trabajo y el desarrollo— son objetivo primordial de la reorganización capitalista por la que estamos atravesando. Este obliga a un nivel más profundo en la escala de explotación y opresión para mantener los lucros de las clases dominantes. Aunque el capitalismo sea esencialmente patriarcal, reconoce el peligro de esta gramática organizativa y disputa, utilizando la cooptación, la domesticación o la represión de los movimientos feministas. Así como al intensificar la violencia contra el muro de las mujeres de las favelas que, en defensa de la vida, actúan como barrera para la expansión del capital con sus privatizaciones y medidas de «ajuste».

Más que eso: las mujeres empobrecidas, aunque no se reconozcan en la palabra feminismo, cuando son despojadas violentamente de casi todo, tocan con sus cuerpos al *punto cero*, y emergen de él defendiendo lo que queda de los mismos, al igual que lo que aparece en la superficie, como la sustancia que urge visibilizar y radicalizar en todas las luchas anticapitalistas: la defensa de la vida.

Solo es posible defender la vida en su totalidad si se está en contacto permanente con ella, sus contradicciones y dimensiones más cotidianas e invisibles; por lo tanto, *no es posible concentrar poderes legítimamente: concentrarse requeriría distanciarse y la distancia obstaculiza la legitimidad*. De esta lógica surge, a veces, el cuestionamiento también de las

mujeres que quieren legitimarse desde privilegios de clase, de jerarquías, o de la defensa de una supuesta «racionalidad y pragmatismo político» que hace la vista gorda de la reproducción de los mecanismos machistas por parte de los líderes hombres y las organizaciones.

Estas redes y gramáticas feministas imponen nombrar y hacer visibles todos los trabajos disponibles para servir a su existencia, poniendo en jaque las jerarquías entre tareas y los argumentos de «autoridad técnica» o «teórica». *Desmantelado el fetiche, se les permite legítimamente hablar acerca de los problemas de todas las mujeres que los viven, extendiendo la red feminista más allá de los lugares a los que llega el término*, arraigando su incidencia en la realidad y renovándola con las nuevas contradicciones y respuestas agregadas a cada nuevo momento de expansión organizacional.

Revisitar —desde la perspectiva de esta gramática— la praxis de las mujeres en las favelas y ocupaciones es otro paso más que anhela rehacer la unidad de la vida subordinada, entrelazando a mujeres y a perspectivas diversas por vías impensables, dentro de formas anacrónicas de organización que han sido impermeables a los cambios que nos han impactado como pueblos explotados a lo largo de las últimas décadas.

Nuestra formulación abarca cada vez más dimensiones de la vida y la traducción de esta gramática organizativa, en un desarrollo vivo y contradictorio,

se afirma en nuestra búsqueda de construir narrativas y herramientas de lucha que puedan ser alteradas, comprendidas y operadas por cualquier mujer trabajadora, favelada y madre.